nuestros guerreros, en quienes palpitaba todavía la inspiración del genio que atravesó los Andes, llevaron a gloriosos campos de batalla el contingente de su pericia y de su antiguo valor, concurriendo así a sellar definitivamente con su sangre la independencia del Perú.

TOMÁS GUIDO

Reproducido en "El Universal" de Caracas, el 7 de junio de 1910.
Tomado de la Revista de la Sociedad Bolivariana, Organo de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, 24 de junio, 1942. Vol. IV. Núm. 10. Año 3. Pág. 51.

El verdadero Morazán

Por Don Luis Cartín González

La plaza principal de San José—hoy Parque Central—fué el 15 de setiembre de 1842, teatro de un acontecimiento de profundo sentido dramático y muy justificada sensación histórica.

Al declinar la tarde de ese día y fulminado por los disparos de fusil de un piquete de milicianos, cayó el General don Francisco Morazán, quien 5 meses antes se había adueñado del mando supremo de Costa Rica, mediante la deslealtad del General salvadoreño don Vicente Villaseñor, al servicio del Presidente Carrillo.

Esa ejecución ordenada por el General don José Antonio Pinto, Jefe del alzamiento popular contra Morazán, dió origen a diversos comentarios que aun en nuestros días, no obstante separarnos ya de aquella fecha un siglo, apasionan todavía a simpatizadores del caudillo y a quienes juzgan la actuación política de éste desde un punto de vista adverso.

Según los partidarios y admiradores irrestrictos de Morazán, su fusilamiento fué un crimen inaudito y atroz, perpetrado a sangre fría y constituye un baldón eterno para nuestra patria costarricense.

Los impugnadores de esa opinión sostienen, en cambio, que al aplicarse la pena capital al General Morazán, no se hizo otra cosa que echar mano de un legítimo medio de represión contra quien una vez en el ejercicio del Poder se erigió en conculcador de los derechos ciudadanos de los costarricenses, intentando asimismo, violar nuestra tradicional y salvadora norma de mantenernos apartados de las luchas políticas suscitadas entre nuestros hermanos del Norte.

Otro núcleo de comentaristas con criterio más sereno y reflexivo, analizando y pesando los hechos en todo su alcance, piensan que Morazán fué arrollado por la fuerza de los acontecimientos precipitados por él mismo y que bien pudo salir con vida y honra de la emergencia, a no haberse em-

pecinado desgraciadamente en contradecir y exacerbar la voluntad de nuestros abuelos, rechazando, como lo hizo, las garantías que varias veces se le brindaron con tal que evacuase el país en unión de sus soldados de enganche, que tan aborrecibles se habían hecho aquí por su incorrecto comportamiento con la población civil.

Bueno es hacer notar que cuando el trágico epílogo de la existencia de Morazán fué conocida en el resto de la América Central, sus cuatro Gobiernos, todos adversos a la política del caudillo de Tegucigalpa, acogieron muy complacidos la nueva de haber desaparecido del escenario de la vida su implacable enemigo.

En Comayagua se celebró la noticia con repique de campanas, disparos de cohetes y paseo con música por las calles de la ciudad.

El Gobierno salvadoreño concedió al señor Pinto en excepcional acto de reconocimiento; el grado de General de las milicias nacionales y ordenó se le entregase una espada de honor.

Naturalmente, para los militares de alto rango que habían venido a Costa Rica formando parte de la numerosa plana mayor de Morazán, la muerte de su jefe constituyó golpe rudísimo y ya fuera de nuestro país casi todos proferían de palabra y por escrito los conceptos más duros contra los costarricenses, adjudicándoseles injustamente una responsabilidad conjunta en el desenlace del drama que puso fin al caudillo. Tales desahogos eran muy excusables, ya que en ellos se cumplía al pie de la letra el consabido refrán: Cada cuál habla de la feria según le va en ella.

Por mucho tiempo esas enconadas manifestaciones lejos de atemperar su tono, tomaron carácter más agresivo y a ellas se sumaban las del mismo temple vertidas por exaltados afectos a la causa de Morazán esparcidos por el Istmo.

El General Gerardo Barrios, quien había figurado en la expedición de Morazán a Costa Rica, cuando alcanzó la Presidencia de El Salvador, su patria, no hacía un misterio de su rencor contra los costarricenses a quienes prodigaba el mote de "caribes blancos." (1)

Desde luego la mayoría de los biógrafos de Morazán han incurrido en el defecto propio de quienes escriben con una deliberada finalidad apoteósica. No se han limitado a encomiar, como sería razonable, aquellas dotes que indudablemente fueron privativas del caudillo, sino que cayendo en exageraciones, han dado vuelo a la fantasía partidarista, siempre tan pródiga, atribuyéndole toda suerte de virtudes cívicas y privadas, declarándole a la vez poseedor de extraordinarias facultades de estratega militar y de hombre de Estado. Colocados en ese plano, han traspasado sin reboso las lindes de la fábula.

Fruto de ese tesonero y tendencioso empeño es lo que podríamos llamar versión oficial de la vida de Morazán, que plagada de inexactitudes corre impresa en libros de Historia y textos de lectura de uso obligatorio en las escuelas.

---

(1) Autor del mote fué el General Saget Barrios la acogió, usándolo hasta en su correspondencia, cuando se trataba de zaherir a los costarricenses.

En este particular ocurre en Centro América algo semejante a lo que sucede en México, donde en virtud de una biografía de Juárez, urdida hace años por elementos jacobinos con preponderancia en las esferas gubernativas. se ha convertido éste en una especie de fetiche. Y ay del que se atreva a irrespetar la memoria intangible del "indio egregio"!

Concretaremos un hecho: El ingeniero don Francisco Bulnes, allá por el año de 1906, publicó en la ciudad de México un estudio documentado sobre diversos actos del "Benemérito". Del análisis crítico realizado por el autor resultó algún tanto malferida la ponderada integridad de don Benito. Esto bastó para que le fuesen canceladas al señor Bulnes sus credenciales de Diputado federal, viéndose compelido a buscar al otro lado de la frontera garantías para su persona amenazada de muerte por la intransigencia "revolucionaria".

No olvidando nosotros que todo hijo de vecino muy libre es de entonar loas al santo de su devoción o su héroe predilecto, bien quisiéramos hacer caso omiso de las fanáticas lucubraciones de los apologistas de Morazán; dejarles pensar y decir cuanto les plazca, pero esa condescendencia de nuestra parte pecaría de antipatriótica, ya que al aceptar sin réplica la personalidad del General Morazán, inflada con dolo y maña, rodeada de atributos cuasi divinos, inclusive la aureola del martirio, por obra y gracia de algunos de sus correligionarios, tendríamos como deducción lógica que admitir que nuestros abuelos en 1842, emulando al pueblo judío, vertieron algo más precioso que la sangre de un héroe, la sangre de un justo.

Hora es ya de que desautoricemos de manera definitiva la habilidosa maraña tejida por conocidos parciales de la escuela liberal encabezados por el Dr. don Lorenzo Montúfar—verdadero creador de la leyenda morazánica—quienes abusando de la exigua cultura del pueblo centroamericano en asuntos históricos, han venido engañándole con el relato de fantasiosas proezas realizadas por el hombre que ellos presentan ungido con las características del genio y proclamándolo como el santo grande del calendario unionista.

Su falta de veracidad se ha hecho extensiva hasta la representación de la figura física de su ídolo. Por esa causa en el Parque Principal de San Salvador, y ocupando un suntuoso pedestal circundado de artísticas alegorías, se contempla desde 1882 la estatua de un personaje extraño por completo a la historia de Centro América, pretendiéndose que es la vera efigie de Morazán (2).

¿Cabe mayor mixtificación?

---

(2) Después de 1865 un grupo de miembros de la colonia española residente en el Perú, propuso a sus compatriotas iniciar una suscripción para erigir un monumento en esa República al marino ibero don Casto Méndez Núñez. Por supuesto, no se tomó en cuenta, y esa fué una circunstancia grave, que el proyecto habría de herir el sentimiento nacional peruano, ya que los barcos que al año citado bombardearon el puerto de El Callao, estaban precisamente bajo el mando de Méndez Núñez. Aceptada la iniciativa, la colecta fué cuantiosa y permitió confiarle la obra a un escultor peninsular de reputación europea. Cuando el monumento estaba ya terminado y listo para su embarque en Barcelona, la opinión pública peruana, abiertamente hostil al proyecto, había llegado en la prensa a su período álgido.

Ese monumento apócrifo viene, pues, a constituir una acabada y simbólica condensación de la artificiosa leyenda morazánica.

Lealmente debemos disculpar a no escaso número de escritores noveles, que de buena fe se han venido asociando al concierto de alabanzas a Morazán, convirtiéndose en rutinarios repetidores de un eco de inexactitudes históricas.

Y los disculpamos porque unos lo hacen sin discernimiento, por sólo espíritu de imitación o disciplina de partido; y los más, porque careciendo de otras fuentes de información histórica, han caído en el error de tener por genuina la pintura de Morazán tal como la presentan Montúfar y otros de sus corifeos, sin sospechar que tal semblanza, trazada a través del prisma partidarista, está muy distante del original.

Por eso creemos hacer una labor positivamente útil, particularmente para la juventud estudiosa, al exhibir al verdadero Morazán, despojado de los vistosos oropeles con que se le ha disfrazado, para imponerlo a todo Centro América como un Boudha de culto forzoso.

Nuestra tarea no será grata, bien lo sabemos, ante aquellos que obcecados por el fanatismo proselitista, han declarado a Morazán fuera de toda crítica histórica. Pero esa consideración no nos arredra en nuestro empeño. A él nos impele un ineludible sentimiento de respeto a la verdad, la que debe prevalecer sobre todo infundio y superchería.

Quienes nos lean desapasionadamente, llegarán como nosotros a la conclusión de que Morazán, antítesis de José Cecilio del Valle, fué un caudillo

---

Ahora bien. El empresario marmolista don Francisco Durini, de nacionalidad italiana y de sobra conocido en Costa Rica, por haber tenido negocios de su ramo en este país, así como en otros Estados centroamericanos, se enteró de que el monumento aludido permanecía poco menos que abandonado en Barcelona y se dirigió al Perú, donde también tenía una sucursal, para proponer a la comisión española correspondiente, su compra.

La Junta, que bien pudo haber ordenado que el monumento se levantase en España, sin duda para ahorrarse posibles malas voluntades futuras entre los hijos del Perú, optó por desistir por completo del proyecto y aceptar la propuesta de Durini. Es de advertir que éste estaba al tanto de que el rostro del autor de la célebre frase "España prefiere honra sin barcos, que no barcos sin honra", tenía algún parecido con el de Morazán y comprendía que una buena ganancia se le presentaba en perspectiva si proponía al Gobierno salvadoreño la colocación en la capital, del monumento repudiado en el Perú, erigiéndolo ahora como expresamente ejecutado para honrar al hijo de Tegucigalpa.

La oferta naturalmente la formuló cuando hubo obtenido en el Perú la favorable cesión de la obra.

Abreviando detalles, diremos que ese es el monumento que durante la administración del doctor Zaldívar se inauguró en el año 1882 frente a la Catedral de San Salvador. En el aparece Morazán vistiendo uniforme de Capitán de Fragata de la Marina Española.

Por otra parte, si entre las fisonomías del caudillo hondureño y del marino peninsular, había algunos rasgos de semejanza, la nariz de don Casto no es la de Morazán y las patillas peinadas y poco abundantes de éste, difieren de las abultadas del primero, etc. En suma, que Morazán no era el "doble" de don Casto.

que poseyó—y más que otros—los mismos defectos comunes a todos los dirigentes políticos que en Centro América han intervenido en las luchas fratricidas, con las armas en la mano y tremolando una bandera partidarista.

A raíz de la Independencia era José Cecilio del Valle el centroamericano de mayor capacidad para ocupar la Presidencia Federal. Nadie, a excepción suya, podía exhibir mejores ejecutorias al servicio de la Patria.

"Valle—escribe nuestro compatriota Licenciado don Cleto González Víquez—se aproximaba más al tipo de director que en aquella hora convenía a Centro América ...era un espíritu superior y un talento mejor cultivado. Nada tenía del machetón o del aventurero político."

En el sentir de don Agustín Gómez Carrillo, historiador guatemalteco, "las dotes de ese ciudadano habrían economizado desastres a la América Central."

A la sola enunciación de su nombre para el puesto se despertó a su favor gran simpatía en la opinión pública.

Obtuvo numerosos sufragios, pero en el seno de la Asamblea Federal una conjunción de partidos encontró en 1824 el medio de eliminarlo, dándole el Poder a Manuel José Arce, postulado por los liberales. Al cesar éste en su agitado período de mando en 1830, vuelve a presentarse a Valle como candidato. Sin embargo, el prestigio que en tal momento rodeaba a Morazán por sus éxitos militares, dieron a ese caudillo el triunfo sobre el eminente estadista, redactor del Acta de nuestra emancipación del dominio de España.

Finalizado el primer período de Morazán y sintiéndose defraudada la ciudadanía ante las arbitrariedades de ese político, los ojos de todos se volvieron nuevamente hacia Valle, quien en 1834 resultó electo por mayoría.

No obstante estaba de Dios que Centro América no tuviese la fortuna de ser regida por el prócer. Una inesperada dolencia que desde el principio revistió carácter grave, puso fin a su preciosa existencia el 2 de marzo de 1834.

Tenía Valle tal concepto de la responsabilidad que pesa sobre el ciudadano al asumir el ejercicio del Poder, que según sus biógrafos, en el delirio que precedió a su muerte, repetía, reafirmando su actitud remisa a la aceptación de la Presidencia: "Reiteraré cuantas renuncias fueren necesarias; quiero que digan: *Valle hubiera restituído la paz y no que Valle no pudo conseguirlo*. En el último caso, me rodearé de sabios de Europa, amigos míos, a quienes haré venir para asegurar el bien de la Patria y sacarla del caos a que la han precipitado las revoluciones, promovidas por el aspirantismo."

La situación creada por la muerte del ilustre Valle, expeditó el que Morazán lograse asumir la Presidencia por un período más, en virtud de la declaratoria de 3 de febrero de 1835, hecha por el Congreso Federal reunido en San Salvador.

Es el momento de que echemos una ojeada sobre los antecedentes del discutido político.

Sabido es que Morazán nació en Tegucigalpa. Su inteligencia era despierta, pero sus estudios fueron apenas mediocres. Limitáronse a los conoci-

mientos generales que en aquella época lográbanse adquirir. No consta que después tratase de mejorar su cultura eficazmente.

Basado sin duda en esa deficiencia es que su propio nieto el General Julio Lozano, en un artículo publicado en "La República", periódico guatemalteco, admite que "Morazán era una medianía."

Eso en cuanto a su acervo intelectual. En lo referente a su negativa capacidad como gobernante, ya veremos en otro lugar los juicios de autorizadas plumas centroamericanas.

Vió discurrir sus primeros años al lado de un tío suyo, sacerdote. Muy joven dedicóse al comercio: luego pasó a servir algunos modestos cargos públicos, ascendiendo a Oficial Mayor del Alcalde Primero de Tegucigalpa. Allí adquirió gran pericia en el mecanismo oficinesco. Luego el Presidente de Honduras don Dionisio Herrera le llamó a ocupar la posición de Secretario General del Gobierno.

Cuando en 1826 la Legislatura de ese Estado previno se hiciesen elecciones para nuevo Jefe Constitucional, Morazán como servidor de Herrera, le ayudó en su rebeldía contra la Cámara. Asimismo secundó el golpe de Estado que colocó a Herrera en la dictadura, al acumular éste en su persona todos los poderes, inclusive las funciones de la Corte de Justicia.

Bueno es no perder de vista que hasta escritores de filiación liberal, como Marure, juzgan que en este particular la Cámara actuó dentro de la ley y Herrera fuera de ella.

No es nuestro propósito hacer una relación detallada de las actividades de Morazán. Lo estimamos superfluo dentro de nuestra finalidad.

Así, ¡pues si nos hemos detenido a puntualizar la actitud del caudillo en relación con el Presidente Herrera, ha sido únicamente con el objeto de que se note que Morazán al ingresar en la política púsose al servicio de un dictador, revelando con ello ya su afición a las conculcaciones de los preceptos legales. Con esa actitud, como observa uno de los comentadores de su vida, inició su ingerencia en los ajetreos de la cosa pública, en la misma vulgar forma que la mayoría de los tiranos que han constituído la rémora de Centro América, "rebelándose contra la ley y engrosando las filas de los traidores" (Mencos).

Toda vez que la carrera de las armas le ofrecía un campo dilatado para sus ambiciones, ingresó en el ejército. No faltándole audacia y valor, muy en breve encontró el medio de destacarse y ascender. El momento le fué propicio.

Asistió como segundo jefe al combate librado en La Trinidad contra las fuerzas federales guatemaltecas, en cuya acción éstas salieron mal libradas.

El resultado favorable que en esa jornada se obtuvo para las fuerzas hondureñas, aumentaron su prestigio ante sus compañeros de causa y le facilitaron su llegada a la Jefatura del Estado, la que asumió en 1827, en su carácter de Consejero más antiguo.

Su nueva posición le permitió continuar ventajosamente la lucha, derrotando a los federales en Gualcho.

Ensombrecieron en ese tiempo el cielo de Centro América—excepto el de Costa Rica—negras rachas de anarquía y desconcierto.

El antagonismo entre *chapines* (guatemaltecos) y *guanacos* (salvadoreños) había alcanzado lamentable grado de animosidad, exacerbada por las diversas peripecias de mutuas agresiones.

El escritor liberal guatemalteco Miguel García Granados, observa en sus *Memorias* que la guerra "más que de oposición de principios políticos, provenía de celos y rivalidades, porque desde la Independencia, todas las provincias, como entonces se les llamaba, mostraban rivalidad y cierta especie de encono contra la capital."

Para los poco versados en Historia de Centro América, advertimos que el General Miguel García Granados militó en las filas liberales y que fué quien en asocio de Justo Rufino Barrios derribó en 1871 el Gobierno conservador de Cerna en Guatemala, impulsando la "reforma" liberal en su patria. A su muerte le dedicó el Dr. Montúfar, escritor radical, de sobra conocido, una fervorosa apología.

Por tanto, la cita que ahora hacemos de sus palabras y de las demás que en el curso de este escrito traigamos a colación, tienen un valor probatorio insospechable.

Morazán figuró como líder de uno de los bandos de esa funesta lucha entre hermanos a que nos vamos refiriendo.

Después de una activa participación en diversos hechos de armas. encontrándose Morazán en El Salvador, estorbó las negociaciones que se realizaban encaminadas al restablecimiento de la armonía entre el Gobierno Federal y las autoridades salvadoreñas.

Era opuesto a toda inteligencia con los adversarios; no acariciaba otro anhelo que su exterminio.

De esta manera resultó estéril la gestión fraternal de Costa Rica en pro de un avenimiento. Dedicóse pues, Morazán, a organizar con tropas bien seleccionadas de ese país y hondureñas, una expedición para invadir a Guatemala como un vengador, entregando la capital de Centro América al enterarse de que en la Antigua Guatemala había ocurrido un alzamiento contra el Gobierno, avanzó a la cabeza de dos mil hombres en territorio guatemalteco.

El 15 de febrero de 1829 inició el asedio contra la metrópoli, la que tras una débil y defectuosa defensa, no pudiendo resistir el sitio, capituló el 12 de abril del citado año.

La rendición de la plaza ponía en realidad fin al capítulo de la guerra. Morazán vencedor pudo en esta ocasión darse por satisfecho con la victoria alcanzada y desistir de todo acto de represalia, adoptando una política benévola y de moderación para con el adversario ya humillado con la derrota.

Era eso lo que le demandaba el bien de la patria común, si en verdad le preocupaba el mantenimiento del régimen federal.

Pero Morazán, como observamos al principio, era la antítesis de Valle. Este, mirando hacia el porvenir, opinó siempre que a toda costa debería buscarse la reconciliación de los partidos, porque se necesitaba el concurso aunado de todos los hijos de Centro América para afianzar la nacionalidad.

Morazán, carente de la vasta cultura de Valle, no tenía tampoco el mismo riguroso concepto moral de éste en lo que respecta a la ciencia de buen gobierno y conducción de pueblos; y así no se hallaba dispuesto en manera alguna a renunciar a las represalias.

No quiso sobreponerse a los egoísmos localistas ni detenerlos. Eso habría equivalido a declararse en pugna con su naturaleza íntima, que estaba muy lejos de ser generosa.

No aspiró a imitar a Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, siendo hidalgo con el vencido después de la batalla.

Prefirió emular a Breno, el Jefe de las hordas galas. Por eso, haciendo irrisoria la capitulación suscrita, la anuló arbitrariamente e hizo su entrada en Guatemala como un vengador, entregando la capital de Centro América al pillaje de la soldadesca.

Ya volveremos forzosamente a referirnos en otro sitio a este acto de ensañamiento con que Morazán mancilló su victoria.

Después de su ocupación de Guatemala, dado el momento histórico, su advenimiento al Poder estaba fuera de duda y Valle, el hombre que al menos podía detener por un tiempo el derrumbe federal (concepto del Licenciado González Víquez) volvió a ser relegado.

Muchos guatemaltecos de valer, aceptando los hechos consumados, abrigaron ingenuamente la esperanza de que Morazán, una vez consolidado en la Presidencia Federal, habría de emplear adecuados métodos de gobierno y propendería hacia el bienestar y progreso nacionales. Por eso no vacilaron en ofrecerle su apoyo. Uno de ellos fué don Alejandro Marure, notable estadista e historiador liberal de gran prestigio por la exactitud de sus narraciones y la imparcialidad de sus juicios. ¡Qué pronto hubo de desengañarse este ilustre escritor ante las arbitrariedades e incapacidad reveladas por el nuevo gobernante!

El señor Marure estampó en el tomo II de su Bosquejo Histórico las siguientes palabras alusivas al General Morazán: "Bajo el dosel no se ha descubierto un genio creador ni ha sabido promover esas empresas útiles que hacen olvidar los males de la guerra y que debieran poner el complemento a la regeneración de la República."

El Licenciado don Cleto González Víquez, no obstante sus simpatías por Morazán, se ve obligado a confesar que éste ". . . no había nacido para la faena diaria del Gobierno, ni para los trajines administrativos, ni para conducir pueblos en paz. Era un caudillo, era un capitán valiente y un hábil estratega; no era ni un estadista ni un político. Sabía vencer, no utilizar la victoria. Sabía pelear, no gobernar."

Nuestro ilustre connacional Licenciado don Julián Volio, quien estudiaba en Guatemala en los días de la lucha entre Morazán y Carrera, es aun más categórico, y dice que "si Morazán no fué un hombre de Estado, menos fué un héroe y todavía menos un genio."

Transgresor de leyes y tratados, no tuvo otra norma de gobierno que su voluntad suprema.

Su ineptitud para el manejo de los negocios públicos fué evidente.

Y sobre su incapacidad hubo de prevalecer su régimen de despotismo militar que revistió en Guatemala caracteres tan abominables, que desde entonces el nombre y memoria de Morazán son allí objeto de la excecración general. Muy justificados están, pues, los siguientes conceptos que el Jefe del Ejecutivo, don Mariano Rivera Paz, estampó en su nota de 22 de octubre de 1842, dirigida al General don Antonio Pinto, al enterarse de los sucesos del 15 de setiembre del mismo año en esta capital: "Esos pueblos que han experimentado en sí mismos lo que era la dominación de Morazán, sabrán ahora mejor que nunca hacer justicia a los de Guatemala, sobre quienes por tantos años estuvo gravitando inmediatamente el peso de la tiranía."

Buena prueba de ese repudio de los guatemaltecos al caudillo, la constituye el hecho de que cuando el Gobierno de Reina Barrios dispuso inconsultamente se celebrase en 1892, con carácter oficial el centenario del nacimiento de Morazán, la opinión pública se sublevó contra la iniciativa.

El Dr. don Lorenzo Montúfar, quien desde la Administración de Justo Rufino Barrios y estimulado por éste, había venido intensificando su labor de deprimir por medio de la prensa la actuación de los conservadores despojados del Poder, loando la figura del dictador tegucigalpense, publicó en el citado año un artículo de periódico donde con mal reprimido despecho, motejaba a sus conciudadanos de falta de civismo al no reconocer en la persona de Morazán a uno de sus benefactores.

Entonces el joven Profesor don Agustín Mencos salió a la palestra para replicar a Montúfar, originándose entre ambos una espectacular discusión.

Quienes siguieron de cerca el debate pudieron darse cuenta cabal del fracaso del Dr. Montúfar al echar sobre sus hombros la defensa del ídolo.

Su derrota en esa oportunidad, por lo aplastante, puede sumarse a las no menos rotundas que en polémicas libradas por él en épocas anteriores, le propinaron los escritores Irrisarri y Tornero S. J.

De la repudiada iniciativa oficial guatemalteca se obtuvo sí un bien: el de dar ocasión para que se sacasen a luz documentos y datos inéditos o poco conocidos, que demostraron que la fama de Morazán descansaba sobre bien raquítica base; que se trataba de un héroe postizo; héroe de vergonzosas luchas civiles, en las que antepuso los intereses de facción a los de Centro América; que su falsa celebridad, en fin, había sido forjada al calor de las pasiones partidaristas.

Todos los recursos sofísticos y sutilezas de Montúfar se estrellaron ante las concluyentes comprobaciones documentales de Mencos, quien confirmó no sólo sus excepcionales dotes de contrincante erudito, sino también su insuperable habilidad dialéctica.

Diversos datos que nosotros utilizamos en este trabajo están espigados en los valiosos escritos de Mencos.

Vamos ahora a condensar los principales cargos que el severo tribunal de la Historia formula contra Morazán.

He aquí ese ominoso inventario:

Observaremos en primer término, que Morazán quebrantaba con la mayor frescura los tratados y convenciones en que estampaba su firma.

Varias veces reveló faltarle esa condición esencial a toda conciencia proba e imprescindible en quien ostenta las insignias militares.

En 1828 violó la capitulación de San Antonio, suscrita el 9 de octubre del citado año. Se había estipulado en ella que los vencidos guatemaltecos podrían libremente regresar a su país; cuando ya éstos se encontraban cerca de la frontera, a varios se les capturó y condujo de orden de Morazán a San Salvador, donde se les mantuvo prisioneros por largo tiempo.

A las reclamaciones que con tal motivo se le hicieron puso oídos de mercader.

"Se hubiera negado Morazán—comenta Mencos—a todo arreglo con los adversarios, y entonces, aunque pasara por cruel, no pasaría por pérfido. No hizo tal, sin embargo: prefirió mostrarse a un tiempo cruel y pérfido y es justo, en consecuencia, que la Historia lo castigue."

Igual conducta pero con caracteres de mayor trascendencia observó el 19 de abril de 1829, al anular "bajo pueriles pretextos", según expresión del líder García Granados y "arbitrariamente", según Marure, los términos de la capitulación acordada con el Gobierno del Estado de Guatemala, cuyo Jefe era don Mariano Aycinena.

Montúfar debió estar convencido siempre de que la declaratoria de la rotura de la capitulación por parte de Morazán fué un acto de falacia que constituye indeleble padrón de ignominia sobre la memoria del caudillo. De ahí que el doctor pusiese a contribución sus cinco sentidos a fin de intentar una demostración de que realmente los vencidos ocultaron armas, pretexto que adujo Morazán para abrogar lo pactado y poder así consumar sus anhelos por tanto tiempo acariciados, de entrar a saco en la capital de Centro América.

Pero la embrollada explicación aducida por Montúfar fué contraproducente, ya que Mencos la desvirtuó sin gran esfuerzo.

Morazán desde el instante a que aludimos, 19 de abril de 1829, se aprestó a imponer la dictadura en Guatemala, haciendo caso omiso de uno de los artículos fundamentales de la Constitución Federal que estatuía la incompatibilidad del ejercicio del Ejecutivo con el del Gobierno particular de los Estados.

Anticipándose un día a la declaratoria de rompimiento de la capitulación en abril de 1829, dió cita, a fin de que acudiesen a palacio "para tratar de un asunto de interés público", según indicaba, a todos los que habían servido durante el Gobierno depuesto, como Diputados, Magistrados, Jueces, Jefes Políticos y Militares y asimismo a numerosos particulares, entre los que se contaban muy respetables sacerdotes y caballeros de significación.

Cuando se hallaban todos reunidos, un cuerpo del Ejército rodeó el edificio y los concurrentes llenos de estupor, escucharon de labios de uno de los esbirros de Morazán, que de orden de éste quedaban prisioneros.

Fueron trasladados al Convento de Belén convertido en prisión. Luego unos quince de ellos fueron remitidos a la Cárcel, donde estuvieron a punto de ser asesinados, de acuerdo con un plan urdido en las esferas oficiales y

que si fracasó fué por desestimiento de los malhechores asalariados para cometer el crimen.

El mismo Coronel Raoul, que servía el elevado cargo de Mayor General en el ejército invasor, calificó esas prisiones de "ilegales". Morazán lo admitió así, pero no por eso quiso ser humanitario y se mantuvo inexorable.

A la mayoría de los presos se les impuso el ostracismo, que les separaba cruelmente de sus deudos e intereses.

Refiere García Granados que Morazán quería fusilar a los principales miembros del Gobierno caído; pero que como eso no era factible sin seguir un juicio cuyo resultado podía ser favorable a los detenidos, "el dictador se disgustó por esas tardanzas y dificultades y decidió desterrarlos desde luego."

Según Marure estos actos de desmedido rigor "fueron harto funestos para muchas familias de Guatemala y han perpetuado odios que la clemencia hubiera podido extinguir". Sin embargo, quien con tanto ensañamiento trató a los hombres más eminentes de Guatemala, no tuvo reparo en abrir las puertas de la Cárcel a los reos de delitos comunes, con tal que se incorporasen a sus filas. He ahí el porqué en las fuerzas de Morazán se contaron tantos sujetos maleantes.

Escribe García Granados: "Morazán tuvo ocasión (y debió aprovecharla), de hacer un papel grande en la historia de Centro América, y de adquirir un renombre que pocos o tal vez ninguno, con excepción de Bolívar, han alcanzado en la América Española. Si después del triunfo, en vez de hacerse un perseguidor, cruel e implacable, se hubiese mostrado magnánimo y hubiera sido humano, justo; y procurando conciliarse al partido vencido y dulcificar sus penas, creo habría recibido bendiciones de la gran mayoría del país, y su conducta habría sido celebrada y admirada en toda América. Que si Morazán con esta conducta hubiera provocado murmuraciones de los exaltados de su partido, se hallaba bastante fuerte para acallar esa grita y despreciarla. En todo caso la posteridad le habría hecho justicia; mientras que el que deportó a lo más ilustrado de la capital de Centro América, confiscó parte de sus bienes y sumió a un sinnúmero de familias en la desesperación y la indigencia, no recibió más que maldiciones."

Interrumpiendo el orden cronológico de los sucesos y para demostrar con un testimonio más que Morazán consideraba como "papel quemado" cualquier compromiso suscrito por él, si estorbaba a sus fines de predominio, consignaremos que con fecha 5 de junio de 1839, disuelta ya la federación, se celebró un tratado de paz, amistad y alianza entre Guatemala y El Salvador. No obstante que en él se estatuía de manera explícita el compromiso de no intervenir un Estado en los asuntos del otro, Morazán que como Presidente de El Salvador había dado su sanción a dicho tratado, no tuvo escrúpulo en invadir en marzo de 1840 a Guatemala con un numeroso ejército.

Pero de esta vez no alcanzó el éxito que en 1829, pues aunque ocupó la capital el 18 de marzo, Carrera lo hizo desalojarla sobre la marcha horas después.

Retrocedamos ahora en nuestra relación. Los tropas de Morazán se ejercitaron en el saqueo de San Miguel (1829), donde por medio de la violencia hasta quitaban a las mujeres las joyas que lucían sobre sus trajes.

Pero en Guatemala llegó al colmo la depredación, después de ser ocupada por las fuerzas de Morazán.

"La soldadesca, como en tiempos de los bárbaros del Norte, despojó de sus tesoros los templos de la capital y las casas de muchos distinguidos ciudadanos" (Mencos).

Los jefes morazanistas hicieron fortuna con fruto del latrocinio y "el mismo *héroe* llevó su cinismo hasta presentarse en público adornado con las alhajas arrancadas a los vecinos."

El General Narciso Benitez, que como se sabe, era uno de los Jefes de las fuerzas morazánicas, escribe sin rubor lo siguiente en una carta que en la mañana del 12 de abril dirigió a don Pedro Molina, residente en la capital salvadoreña: "Nuestros soldados están poderosos. Saquearon la casa de Beltranena, la de Montúfar (de los familiares del Dr. del mismo apellido) Benito y después cuantas se han ido ocupando. Hay soldados que tienen 200 onzas."

Júzguese ahora cuántas onzas no lograrían reunir los jefes.

A estos actos de pillaje alude el escritor francés Mr. de Morelet en su libro "Voyage dans l'Amerique Central". Igualmente Mr. Laferriere en su obra "De París a Guatemala" y Stephens en la publicación "Viajes a la América Central."

El notable explorador Brasseaur de Bourbourg, al referirse a las antigüedades de Guatemala, cita una importante obra histórica de Fray Francisco Jiménez y dice: "Había antes dos ejemplares de esta obra en la biblioteca de Santo Domingo; pero cuando se verificó el saqueo de los conventos (1829), fueron sacados en carretas *como vil basura, de orden de Morazán,* junto con los archivos y bibliotecas de los religiosos."

No peca, pues, de exagerado Mencos cuando escribe que el nombre de Morazán merece sobradamente figurar al lado del de Omar, el destructor de la Biblioteca de Alejandría y agrega: "Cuántas obras de literatura e historia nacional debidas a hijos del país tendríamos hoy si el bárbaro soldado de 1829 nos las hubiera destruído como *vil basura!*"

Una de las disposiciones más arbitrarias de Morazán y que dejó sumidas en la miseria a numerosas familias, fué la que obligó a los empleados públicos a devolver los sueldos que habían ganado desde 1827.

Como las víctimas en su mayoría no tenían en efectivo el dinero que se les exigía con el término de cuatro horas, se les embargaba o ponía en prisión.

Muchas personas que sirvieron al régimen caído no habían percibido paga alguna. No obstante, eso no los exceptuó del despojo impuesto por el tirano.

Ofreció toda clase de garantías al señor Arzobispo Fray Ramón Casaus, con tal que hiciese algunos cambios eclesiásticos en determinados

puestos. Atendiendo la indicación, el señor Arzobispo nombró Provisor al Padre Alcayaga, Gobernador Eclesiástico de Honduras al Padre Marques y convino en otras designaciones.

No obstante haberse dado por satisfecho de la condescendencia del Prelado, faltando Morazán a su palabra y revelándose como hombre felón, desterró a Monseñor Casaus de su arquidiócesis, sorprendiéndolo en su Palacio a media noche.

De la misma manera procedió con los frailes de Santo Domingo, San Francisco y la Recolección, arrancándolos de sus residencias sin forma de juicio alguno ni decreto previo, llevándoles como grandes criminales por un largo camino, sometidos a mil penalidades y custodiados por soldados que los insultaban, hasta ser embarcados en Omoa con dirección a La Habana, en un buque negrero, de los destinados al tráfico de esclavos en Cuba.

Excedió entonces en radicalismo e inhumanidad a Justo Rufino Barrios, quien en 1871, si bien disolvió las comunidades religiosas, permitía que sus miembros se quedaran en el país, si aceptaban la exclaustración.

Al entrar Morazán a Guatemala en 1829, vendió el Palacio de los Capitanes Generales—del Ejecutivo después—a los franceses Pedro Jourdán y Luis Waterlin, quienes tuvieron allí sus establecimientos comerciales por varios años.

El General Carrera recuperó para la Nación el edificio, teniendo que reconocer a los poseedores buena ventaja pecuniaria.

Otra sección del Palacio la vendió Morazán a don Basilio Porras.

Diversas pertenencias nacionales las regaló o vendió como cosas propias.

A su amigo el Coronel Nicolás Raoul, le regaló la Hacienda del Anís, arrebatada a los Padres Domínicos.

Todas esas operaciones constan en el Archivo de Protocolos de Guatemala. temala.

Otro de los hechos abominables perpetrados por Morazán, fué el haberse apoderado por la violencia del Palacio Arzobispal, arrojando de él a Monseñor Casaus.

Colocó en dicho edificio el despacho del Gobierno de la Nación y con el propósito de escarnecer las creencias del pueblo, escogió expresamente el oratorio para celebrar un baile con que obsequió a sus allegados

Se apropió de sesenta mil pesos que había dejado el Arzobispo Cortés y Larraz, para establecer un colegio de niños.

Se incautó de trescientos zurrones de añil que sustrajo de la casa particular de don Manuel A. Pavón; de cincuenta mil pesos de la casa de la familia Beltranena; de cuarenta mil pesos y de valiosas alhajas arrebatadas en un cateo de la residencia de don José Mariano Batres.

De los templos hizo sacar los vasos sagrados, despojando de una custodia de oro a la Iglesia de San Francisco y arrancando a las imágenes las alhajas con qué las había dotado la piedad de los fieles.

Despojó de sus casas a los principales conservadores, regalándolas a Corzo, Pren y otros de sus subalternos.

No anduvo Morazán con muchos remilgos para derramar la sangre de sus semejantes.

Arce consigna en sus Memorias, que al entrar el Coronel Narciso Benitez en Comayagua, después de la acción de La Trinidad, asesinó "fría y alevosamente" a muchas personas del Partido Conservador, con el auxilio y anuencia de su Jefe Morazán.

En carta de don Manuel Montúfar al Dr. Gálvez, se refiere que Morazán, después de las campañas contra Domínguez (1830) y contra San Martín (1834), fusiló a muchos de sus enemigos en Honduras y San Miguel.

Fusilaba sin forma de juicio, como en el caso del Pbro. don Mariano Durán, ultimado el 30 de octubre de 1838.

Montúfar y don Máximo Orellana, para vindicar a Morazán, afirman que el citado sacerdote fué condenado a muerte por sentencia dictada en Consejo de Guerra, pero la mayoría de los vocales que integraron dicho Consejo declararon en hoja volante ser falso que ellos hubiesen pronunciado tal sentencia.

Fué ese un crimen odioso, ya que el cargo que al Pbro. Durán se le formuló, de ser un activo colaborador de Carrera, por habérsele encontrado dentro del núcleo de los alzados, quedó desvirtuado al demostrarse que su presencia allí en tal momento, obedecía precisamente a sus propósitos conciliatorios.

Su familia guarda como reliquias, los documentos justificativos de la inocencia del sacerdote inmolado sañudamente por Morazán. Lo hizo fusilar en el camino a Fraijanes, "dejando el cadáver tirado y enviando orden al Cura de Santa Rosa para que le diera sepultura. El último balazo se lo dieron al cadáver de cerca, en la cabeza, en la tonsura sacerdotal" (Ignacio Solís. Colección de datos históricos y biográficos.)

"Era tal el odio que tenía este Jefe a la Religión y sus ministros, que ultrajó de la manera que quiso al Presbítero D. Ciriaco Jirón y al anciano Cura D. Francisco Aqueche, que murió de resultas de la prisión en que se le puso. Igualmente hizo pasar por las armas al Padre D. Rosa Aguirre en Cuajinicalapa, sin fórmula alguna". (id.)

El crimen más excecrable y que reveló en toda su plenitud los instintos neronianos de Morazán, fué el que perpetró en la persona del suegro de Carrera.

Llamábase la víctima Pascual Alvarez, pero generalmente se le conocía con el apodo de Chúa. Era persona prestigiada en el lugar de su residencia, tanto por su posición económica como por sus costumbres ejemplares.

Alvarez no miraba con buenos ojos las andanzas en que se hallaba metido su yerno y que mantenían en zozobra a su familia. Un día de tantos tomó la decisión de ir en busca de Carrera, para disuadirlo a abandonar sus actividades de guerrillero. Avistados ambos, Carrera se mostró rehacio a los ruegos del buen viejo, quien regresando de la serranía abrumado por la pesadumbre que le ocasionaba la negativa de su hijo político, cayó en poder de un destacamento de las fuerzas de Morazán, quien se hallaba en las cercanías de Mataquesquintla, tratando de sorprender a Carrera.

Morazán debió de experimentar una muy íntima satisfacción al tener ante sí al suegro del indomable caudillo mestizo. Sin atender las explicaciones del prisionero, venerable por sus canas y sus virtudes, y desoyendo los ruegos que le hacían los vecinos para que no vertiese la sangre de un pacífico e inocente anciano, no quiso perder la oportunidad que la suerte le deparaba, de cebarse en el preso, para desahogar así la furia que envenenaba su alma al verse continuamente defraudado en su deseo de adueñarse del jefe de los montañeses.

"El viejo Chúa fué llevado al patíbulo, levantado en medio de la plaza pública de aquel pueblo en que se le respetara y quisiera con justicia. Se le formó el cuadro y se destinó al sacrificio junto con otro compañero. Se trajo de la cárcel a la esposa para que presenciara la tragedia y la pobre mujer llevaba en los brazos un nietecillo, hijo del mismo Carrera. Ante aquellos detalles el viejo Chúa se enardeció y dijo, dirigiéndose a Morazán: "—Soy inocente de todas las culpas que se me atribuyen. Por el contrario, he sido enemigo de esta guerra contra el Gobierno. Pero ante esta injusticia que se va a cometer, pido a Dios que mi sangre caiga sobre su cabeza y que Ud. se sale para siempre". (Nuevo Diario, Guatemala.)

Luego, con gran entereza, recomendó a su esposa hiciese saber a Carrera que en vista de la injusticia de Morazán, se arrepentía de no haber participado en el alzamiento y excitaba a su hijo político a continuar la lucha sin deponer jamás las armas.

Morazán entonces, en el paroxismo de la rabia, apresuró la fusilación de Alvarez, ordenando que se le cortase la cabeza, haciéndola sumergir luego en un caldero de aceite hirviendo; cocinado así ese despojo, mandó fuese colocado en el extremo de una pica plantada en la esquina de la casa de la familia Alvarez. Allí la muchedumbre pudo contemplar con espanto y repugnancia el macabro trofeo.

Tal el epílogo de ese asesinato digno sólo del jefe de una tribu de rifeños. Según García Granados en sus memorias, esa innecesaria crueldad sólo sirvió para aumentar el levantamiento de los montañeses.

* *

En concepto de buen número de morazanistas su ídolo fué, por las dotes de estratega militar que le adjudican, un pequeño Bonaparte.

Para apreciar la justeza de la comparación, veamos en qué consisten sus pretendidas glorias bélicas.

"Soldado de fortuna" le llamó don Manuel Montúfar y a fe nuestra que el calificativo le venía de perlas, ya que sus éxitos militares los alcanzó en su mayor parte merced a ocasionales circunstancias favorables y principalmente a la colaboración efectiva de competentes militares extranjeros. sin cuya ayuda sus esfuerzos belicosos habrían sido nugatorios.

De la extensa enumeración que los apologistas de Morazán nos presentan con el carácter de valiosas acciones de armas ganadas por su héroe, nos vemos precisados a descontar no pocas, ya por no corresponderle el mérito

del triunfo o bien por no haber pasado de meras escaramuzas, no obstante el empeño en citarlas como verdaderas batallas.

Así, pues, en el combate de La Trinidad, aunque Morazán se distinguiera, quien tuvo el mando y dirección fué el Coronel guatemalteco Ramón Pacheco, a cuyas órdenes sirvió el futuro caudillo. (Véanse las Memorias de García Granados.)

No ha faltado quien haya atribuído también la dirección del combate de Chiquimulilla a Morazán, pero ese es un dato falso. Fué el General Carballo quien mantuvo el mando en esa acción, según se desprende de una referencia del propio Montúfar. (Reseña Histórica, tomo 111). En todo caso el vencedor en esa acción fué Carrera.

En cuanto a la toma de Guatemala en 1829, que se considera por los morazanistas como la máxima proeza del caudillo, bueno es que se tomen en cuenta las circunstancias particulares que mediaron en la caída de la plaza.

El Presidente Aycinena era un hombre civil, lego absolutamente en asuntos militares y su plan de defensa de la capital fué defectuosísimo, según apunta García Granados en el Capítulo XII de sus Memorias.

Dentro de la ciudad no había otra fuerza para resistir el asalto, que dos mil reclutas. Morazán emprendió en cambio el asedio con cinco mil hombres, no dirigidos por él sino por el Coronel francés Nicolás Raoul. La resistencia fué flojísima y el mismo Coronel Gutiérrez, jefe de la segunda división de los atacantes, en su parte de la acción, se asombra de la ineptitud de los sitiados, que se desbandaban presas del terror, sin siquiera disparar un tiro.

La campaña de 1834 contra el Gobierno de San Martín, Presidente del Salvador, la atribuyen el Licenciado José A. Beteta y el Dr. Rafael Reyes a Morazán, cuando en realidad se debe a los jefes liberales Carlos Salazar, Isidoro Saget y Nicolás Espinosa. Morazán asistió a ella, pero no la dirigió, ya que no desempeñaba el mando superior de las fuerzas.

La batalla de Gualcho, tan cantada por poetas cursis de simpatías morazanistas, no fué ninguna acción de guerra que diese pie para inmortalizar al vencedor.

Morazán contaba con mil soldados y el enemigo, comandado por el Coronel Domínguez, con sólo cuatrocientos setenta federales. Este jefe, valiente como pocos, tuvo la audacia de atacar a Morazán, quien se había hecho fuerte en una posición que dominaba por completo el campo del adversario.

La acción estaba al decidirse por los guatemaltecos y Morazán se aprestaba a la huída, cuando el Teniente Coronel Corzo, en desesperado esfuerzo, dió una carga de caballería a los federales, introduciendo en ellos la desmoralización. El mérito del triunfo en Gualcho correspondió, pues, a Corzo, quien salvó más bien a Morazán de la derrota.

La jornada de San Antonio fué otro éxito para Morazán, pero sin mayor brillo.

Las tropas guatemaltecas estacionadas en Mejicanos, a raíz del revés de Gualcho, resolvieron regresar a su país por el camino de Gracias. Su

comandante Teniente Coronel Antonio Aycinena, llegó a la hacienda San Antonio con sólo trescientos cincuenta hombres hambrientos, con escaso amunicionamiento y no pocos enfermos. Morazán le salió al paso con mil soldados. El jefe guatemalteco en vez de detenerse para ocupar una buena posición, cometió el error de seguir adelante, entrando en una llanura que sólo tenía salida por "un estrecho portillo". (García Granados.)

Al Teniente Coronel Aycinena no le quedó otro recurso que pagar su torpeza firmando una capitulación que luego Morazán no respetó.

El triunfo en la acción de Las Charcas, que no pasó de simple escaramuza, lo obtuvo Morazán por la ayuda de Raoul, quien rectificó el viciado plan de ataque que el jefe hondureño había formulado.

* *

El Dr. Montúfar en su empeño de exaltar a todo trance la figura de Morazán, no tiene empacho en citar la acción de San Miguel como uno de los triunfos personales del caudillo. Y lo cierto es que fué el Coronel Torrelonge quien alcanzó la victoria; Morazán ni siquiera estuvo presente en la batalla.

El mismo lo corrobora en sus Memorias, con estas palabras: ". . . todos mis esfuerzos por tener parte en la acción fueron inútiles". "Solo llegué al campo de batalla para premiar el valor, socorrer a los heridos y proteger a los prisioneros."

La campaña de Morazán de mediados de 1837 a principios de 1838 contra los montañeses guatemaltecos fué un constante fracaso. Ella dió oportunidad a Rafael Carrera de entrenarse y adquirir pericia en la táctica de guerrillas, lo que le permitió a la larga infligir tremenda derrota al "héroe" del Gualcho.

Ambos jefes durante la lucha rivalizaron por su falta de humanidad, pero Morazán en ese aspecto llevó la supremacía. Carrera, al juzgarle la Historia por sus crueldades, cuenta al menos con la atenuante de su escasa cultura, circunstancias que no podría invocarse en cuanto a Morazán.

Según Marure las expediciones que tenían como objeto batir a los montañeses sublevados, cometieron al mando de Morazán una serie de atrocidades: incendios de las casas de los alzados, arrasamiento de sementeras, despojo de ganados y lo que era más repugnante, se atacaba la honra de esposas e hijas y se ahorcaba y fusilaba sin forma alguna de juicio.

Tales horrores hicieron contraproducente la campaña, pues los rebeldes, llenos de coraje, tomaron la resolución de presentar la más obstinada resistencia.

Así, pues cuando Morazán salió para El Salvador, a comienzos de 1838, la revolución estaba en su apogeo.

En abril del mismo año y compelido por sus amigos, volvió Morazán a Guatemala para iniciar una nueva campaña. Con tal motivo lanzó una proclama el 24 de abril, prometiendo el "completo exterminio" de los alzados.

Sin embargo, tal campaña se redujo a varias acciones libradas por sus jefes subalternos, en las que resultaron bastante mal parados y ..... aquí viene lo peor.

Cuando todos esperaban en la ciudad de Guatemala que Morazán saliese al campo para exterminar a Carrera, según había prometido, se supo con el consiguiente revuelo, que intempestivamente había regresado a San Salvador, renunciando a la lucha. Su partida se estimó como una vergonzosa fuga que fué comentada en medio de risas y burlas.

Las victorias militares de Morazán, como ya dejamos indicado, se debieron en mucho a la cooperación de varios jefes extranjeros. Entre ellos Nicolás Raoul, ya citado, militar francés que había hecho las campañas de Napoleón, asistiendo a la batalla de Waterloo (3); el colombiano Juan Pren, veterano de Bolívar (4); el de igual nacionalidad Narciso Benitez, también ex-veterano de la campaña bolivariana, reo prófugo de las cárceles de su patria y que se distinguió por su ferocidad en Comayagua, después del triunfo de La Trinidad, asesinando a varias personas con la venia de Morazán (5); el español Jonama, que tomó parte en la campaña de 1829; el Coronel Terrelonge, francés, y el Jefe de Estado Mayor General Isidoro Saget, también francés, quien le acompañó hasta Costa Rica (6).

Dice el propio Morazán en sus Memorias aludiendo a Raoul: "A la experiencia y conocimientos militares de este jefe (el más instruído que ha venido a Centro América) de los que siempre he hecho uso, en lo que ha estado a mi alcance, debo en gran parte no haber sido nunca sorprendido, ni sufrido jamás una derrota, en trece años de guerra casi continua, provocada por los desafectos a la República."

Derrotado por Carrera el 19 de marzo de 1840, huyó Morazán cobardemente de Guatemala, dejando abandonadas sus tropas y expuestas a las represalias del enemigo. "Antes de huir quiso, sin embargo, vengarse del modo más inicuo y mandó colocar doscientos barriles de pólvora en las bóvedas de la Catedral para volarla. Algunos de sus jefes se opusieron a tal iniquidad y entonces ordenó que se arrojase todo el parque en la pila de la Plaza Mayor para inutilizarlo. ("El Tiempo", periódico de Marure.)

---

(3) Este militar y los demás jefes franceses fueron contratados por el Dr. Pedro Molina en Colombia, en 1824, para que se trasladasen a Guatemala a prestar sus servicios al Gobierno Federal. Sirvieron a la órdenes de Arce y después de haber contribuído Raoul al distanciamiento de los jefes Arce y Barrundia, emigraron al Salvador. Allí se alistaron más tarde en las filas de Morazán. Después de la caída de éste volvió Raoul a Francia, fijando su residencia en París.

(4) Llegó a C. A. en 1828 y se puso al servicio del Gobierno de El Salvador contra Guatemala. Luego ingresó en las tropas de Morazán.

(5) Llegó a Guatemala durante el Gobierno de Arce. Como era reo prófugo de las cárceles de Colombia, fué reclamado por el Gobierno de ese país. Temiendo ser entregado por Arce, huyó hacia Honduras, uniéndose a las tropas que luchaban contra los federales. Murió en la batalla del Espiritusanto.

(6) Después de la muerte de Morazán, continuó en El Salvador en el Ejército como mercenario. Bebedor incorregible. Murió el 23 de agosto de 1854.

"En seguida mandó que la mayor parte de sus fuerzas hiciesen un fuego vivísimo en las trincheras, haciéndoles creer que se trataba de romper el sitio; y él, mientras tanto, se escapó con algunos de sus amigos predilectos a favor de la oscuridad de la noche, y salió para la calle de Guadalupe gritando: ¡Viva Carrera! para engañar a los sitiadores. Esa cobarde fuga, esa felonía de abandonar sus tropas a las iras de los vencedores es lo que algunos llaman heroica retirada militar". "Montúfar y compañeros la pintan, por supuesto, del modo más hermoso y novelesco; pero los cuatrocientos hombres que entre muertos y heridos quedaron en la plaza al ser tomada por Carrera, son la mejor prueba de que Morazán olvidó sus deberes de hombre y de soldado. No sólo escritores nacionales, sino también muchos extranjeros, ajenos a las contiendas políticas del país, confiesan que Morazán, con aquella fuga, arrojó negra mancha sobre su nombre" (Mencos.)

Algunos comentaristas liberales ponen en los cuernos de la luna la integridad catoniana de Morazán al rechazar la dictadura que se le ofreció en 1838 para expeditar su campaña contra Carrera. Bien estaría el elogio si la negativa de Morazán se hubiese basado en el respeto a la ley y a las instituciones republicanas.

El no la aceptó porque quienes le hacían la oferta habían sido sus adversarios. Montúfar lo reconoce así.

Morazán no estaba dispuesto a admitir nada que significase conciliación; su lema era no dar cuartel al enemigo, humillarle y exterminarle si esto quedaba al alcance de su mano; profesaba, ya se ve, la máxima pagana: "El mayor placer es el que proporciona la venganza."

Ese negativo gesto de Morazán lo reputa Marure como un error político y falta de previsión, agregando: "Laudable, digna y nada sospechosa habría sido esta repulsa en cualquier hombre que no estuviera manchado con reiterados actos de usurpación; pero de ninguna manera en el General que más de una vez había destituído y proscrito funcionarios de todas categorías en circunstancias mucho menos imperiosas y cuando sólo se trataba de afianzar la dominación de un partido o hacer prevalecer un sistema en que, en verdad, no estaba vinculada la salud del país."

Morazán rechazó la dictadura que le ofrecían sus adversarios políticos en Guatemala, pero la verdad es que de hecho la ejercía, porque ordinariamente prefirió gobernar bajo el régimen de suspensión de garantías constitucionales.

Cuando la tremenda derrota de marzo de 1840 lo obligara en Guatemala a salir a escape para la frontera del Salvador, tan venido a menos se encontraba ya su prestigio en este último país, que obligado por la opinión pública hubo de resignar el mando que allí ejercía. Esto lo admite hasta su apologista J. Beteta (Morazán y la Federación). Lógico era que ocurriera así: Había causado la desilusión de los que equivocados le juzgaron al principio de su carrera como un hombre superior. En vano buscaron en sus actos iniciativas de alguna trascendencia para el porvenir de Centro América.

Después de su salida del país a bordo de la goleta Izalco en abril del citado año, fijó su residencia en David, desde donde dirigió a los centroamericanos un manifiesto que fué acogido con la más glacial indiferencia.

* *

Escritores liberales fascinados sus espíritus por el fanatismo de partido, afirman que a Morazán corresponde el mérito de haber derribado el régimen de Arce en el que predominaron, agregan, en todo tiempo las influencias de la nobleza. Y olvidan que el Gobierno de Arce debió su existencia precisamente al Partido Liberal que lo enfrentó como Candidato a Valle, postulado por los conservadores.

En cuanto a la pretendida aristocracia, preferimos copiar al Licenciado don Julián Volio, quien dice: "Así como para hacer un pastel de pescado, se necesita ante todo pescado, para vencer a la nobleza se necesita que haya nobleza. La población de Centro América se componía en aquella época, (1829) lo mismo que hoy, de unos cuantos negros de pura raza; de una enorme masa de indios nativos; de otra relativamente pequeña de mestizos, más o menos blancos, y entre esos elementos, un clérigo que se titulaba Marqués, sin marquesado ni privilegios. Esa fué la nobleza que venció Morazán."

* *

Un dato curioso: Cuando Morazán logró en 1835 que la capital de la Federación fuese trasladada al Salvador, su sueño dorado, despojó a Guatemala de los relojes públicos, llevándoselos consigo.

En la capital salvadoreña continuó gobernando con una Cámara ilegalmente constituída, por haber cesado ya la mitad de sus miembros en su mandato constitucional.

* *

Ocupaba la Presidencia de Centro América el General Morazán, cuando la República de Nueva Granada, hoy Colombia, regida por el General Santander, se adueñó de Bocas del Toro y Almirante. Ante ese injustificable cercenamiento del territorio de Costa Rica, era al Gobierno Federal a quien correspondía reclamar de Nueva Granada la devolución de las regiones usurpadas. ¿Presentó Morazán, como era de su deber, en su carácter de Presidente Federal, alguna representación en ese sentido ante el Gobierno sudamericano?

Y conste que Morazán estaba obligado a proponer a la Cámara Federal hasta la guerra a Nueva Granada en defensa de la integridad territorial de Centro América.

Pero Morazán no hizo nada; optó por contemplar con impasibilidad el despojo. De esa bochornosa conducta suya entonces, deducimos que fué pura baladronada la oferta que ya caído, hizo de su espada para ir a desalojar a los ingleses de la Mosquitia.

* *

Los empréstitos forzosos recargados y no pocas veces innecesarios, eran un expediente muy socorrido del General Morazán. En San Miguel impuso uno a los propietarios afectos a la causa guatemalteca, y a quienes no lo cubrían se les obligada a servir de soldados bajo el látigo de un capataz, sin tomar en cuenta la edad ni el mérito de los individuos. (Memorias de Jalapa.)

Siempre tuvo por lícito y sobre todo rápido el procedimiento. Por eso al llegar a Costa Rica en 1842, todavía conservaba la afición al sistema, poniéndolo en práctica a punto y seguido.

Cuando Morazán dejó la Presidencia Federal, quedó la Hacienda Pública en completa bancarrota, correspondiendo a Costa Rica pagar parte de la deuda en una proporción injusta.

* *

Con respecto al unionismo de Morazán, tan cacareado por sus afectos, cegados por la fiebre partidarista, creemos oportuno dejar la palabra al Licenciado don Agustín Mencos. Dice así el malogrado escritor:

"Parecía natural que el vencedor de La Trinidad que tanto había declamado antes de 1826 contra las tendencias centralizadoras del Presidente de la República (7), contra las supuestas violaciones legales, fuera en el Poder el más respetuoso con el Pacto Federal, el más sumiso a las leyes de la Patria.

Sucedió sin embargo, todo lo contrario; y esto que para algunos será extraño, para nosotros es muy lógico.

Quien inició su carrera peleando contra las autoridades legítimas de la República, tenía que continuarla, minándola sorda pero seguramente con una serie de medidas inconsultas, atentatorias y contraproducentes.

¡Patente y funesta contradicción!

El hombre que desde 1827 peleó, según decía, en defensa de los Estados contra el poder central, fué el primero al subir a la Presidencia, en usar de ese poder para sojuzgar a los Estados.

Con menos y más fútiles pretextos que los que se atribuyen a Arce para haber declarado la guerra a Honduras y al Salvador en 1827, él destruyó la autonomía de los Estados y en 1832 atacó al Salvador, derrocó el Gobierno de don José M. Cornejo y redujo a prisión a las personas que lo componían; atacó al mismo Estado en 1834, derrocó al Gobierno de San Martín y también vejó a los individuos que lo formaban; y atacó, en fin, en enero de 1838 al Gobierno de Guatemala, destituyó ignominiosamente al Jefe don Mariano Rivera Paz y colocó en su lugar al General don Carlos Salazar.

Tal política debía producir sus frutos y así sucedió en efecto. Cansados los pueblos de un régimen que no les daba paz ni estabilidad, origen de tantas desgracias y revoluciones, resolvieron cortar el mal de raíz y rompieron el Pacto Federal. Morazán fué impotente para detener la conflagración, y no sólo no pudo detenerla, sino que la aceleró con sus manejos.

(7) Manuel José Arce.